

Algo anterior en fecha de aparición al trabajo de Calero, *El movimiento obrero a Mallorca*, de Pere Gabriel, se inscribe en una colección catalana, Curial, que ya ha publicado libros de interés, como el conjunto de ensayos de Pierre Vilar, *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII*, y el estudio de Bonamusa Gaspá sobre el Bloc Obrer i Camperol de Joaquín Maurín. Como nota al margen añadiré que, según tenemos noticia, en la misma serie ha de aparecer el esperado estudio de Casimiro Martí y Josep Bonet sobre el problema obrero en Cataluña durante el bienio 1854-56.

De mayor ámbito cronológico, el libro de Pere Gabriel presta atención primordial a la evolución de las organizaciones obreras. El marco económico y los aspectos ideológicos no son olvidados, pero, a diferencia de Calero, se incluyen en el relato general. La base documental es la prensa de Ciutat (Palma), con la particularidad de que el autor ha podido encontrar una proporción importante de los semanarios obreros publicados en la misma entre 1870 y 1936. El balance es una introducción general bastante precisa, donde quedan en claro las dependencias y el grado de autonomía para los problemas concretos que a lo largo de su historia muestra el obrerismo mallorquín respecto al peninsular. Sin duda, la elaboración de monografías para períodos más reducidos ha de permitir concretar los problemas que suscita la panorámica general que proporciona este estudio.

En conjunto, tanto el trabajo de Pere Gabriel como el de Calero muestran la positividad de una vía de acercamiento a la historia del movimiento obrero, menos espectacular que la gran síntesis al uso, pero de innegable rendimiento. Esto no quiere decir que sea inútil abordar a nivel general las organizaciones, y el hecho es que todavía no contamos con una historia mínimamente fiable de UGT, CNT o del sindicalismo

católico. Pero nos permitimos apuntar que es la vía de los trabajos regionales y locales donde los avances en el nivel de conocimiento han de ser más notables en el próximo futuro. ■ ANTONIO ELORZA.

«Un estudio d'Antropología social al País Valencia»

No son muy abundantes los estudios sobre Valencia rural, y los que se han hecho han sido realizados desde el punto de vista de una óptica predominantemente económica, con un notable olvido de todo ese entremado de relaciones que constituye el modo de vida.

El trabajo de Joan M. Mira (1) constituye a la vez un intento de colmar esta laguna, a la vez que lleva a cabo la aproximación a un problema general y el conocimiento de una realidad socio-cultural concreta.

Para estos fines se vale el autor de un método que no por muy utilizado por los especialistas de las ciencias sociales, y en particular por los antropólogos, deja de cumplir las finalidades y las esperanzas puestas en él. Se trata de estudiar la sociedad mediante el análisis, con tendencia a ser exhaustivo y con toda la profundidad posible, de una o varias comunidades que, por ser características, son susceptibles de servir de ejemplo generalizable a otra sociedad más amplia.

Vallalta y Miralcamp son los «conejos de Indias» escogidos en esta ocasión por el antropólogo que desea desentrañar los lineamientos básicos de la cultura y de la sociedad rural valenciana, y que corresponden a dos realidades diferentes de ese mismo universo valenciano, levantino y casi me atrevería a decir que incluso mediterráneo, el de

(1) Joan F. Mira, *Un estudio d'Antropología social al País Valencia*. Libres a l'Abast. Edicions 62. Barcelona, 1974. 193 páginas.

la división montaña y plana (la faja costera). Ambos pueblos pertenecen a la provincia de Castellón, pero en tanto el primero está situado en los contrafuertes del Sistema Ibérico, y, por tanto, en un medio físico y económico mediado por su situación «montañosa». Miralcamp se localiza en una zona de transición entre la plana y la montaña.

El acierto de escoger estos dos pueblos se aprecia en el momento en que podemos comparar sus respectivos perfiles sociales y culturales. Igualmente de apreciable es el hecho de que una buena parte de los estudios está referido al análisis de las estructuras de poder imperantes, contrariamente al olvido consciente de muchos «científicos sociales», que omiten este aspecto con la preocupación de no comprometerse, sobre todo desde que Diputaciones y Cajas de Ahorros se han convertido en generosas mecenas de la investigación social.

Queda un punto débil, y es que si bien se habla del proceso de cambio y éste es una de las piezas esenciales del estudio, no queda lo suficientemente explicitado para el profano en ese tipo de temas. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Los españoles del Renacimiento

Entra España en el Renacimiento con un Estado nuevo, llamado por sus contemporáneos Monarquía Católica. ¿Es un Estado moderno a la manera del considerado por Maquiavelo o Botero? Manuel Fernández Álvarez nos responde en un libro recientemente reeditado: «Es ya algo muy distinto al Estado feudal de los tiempos medievales, pero, en cambio, no cabe encajarlo dentro de las características del Estado moderno, si como tal entendemos al Estado nacional. Precisamente nos encontramos ante un Estado supranacional».

Como el águila de la corona imperial, es, en efecto, un Estado bicéfalo. Si Aragón y Castilla se unieron por matrimonio, los Reinos no se soldaron como sus Reyes. Sólo dos organismos actuaron en ellos con sentido de unidad, curiosamente dos organismos represivos o, por lo menos, cautelares: uno, la Santa Hermandad; otro, la Inquisición...

¿Cómo es la sociedad de esos dos Reinos? Fernández Álvarez titula su libro *La sociedad española del Renacimiento* (Ediciones Cátedra)... Y nuestra sociedad no es igual a las que se consideran más típicas de la época. El tipo humano que ofrecemos como modelo no es ni un humanista, ni un mercader. Es el hidalgo. «Humos de hidalgo» —dirá el embajador florentino Guicciardini— tienen los hispanos en sus cabezas... Así es. Mucho humo en la cabeza y poca gente cultivando la tierra. Al llegar a nuestro país los extranjeros, reciben la impresión «de hallarse ante grandes espacios vacíos». Las dos coronas suman unos siete millones de habitantes a finales del siglo XV: seis Castilla y uno Aragón. De las provincias de entonces —menos de cuarenta—, sólo la de Sevilla pasa de los cien mil vecinos, y comprendía lo que es hoy Sevilla, Huelva y Cádiz.

Poderosos y desheredados en lo temporal, cristianos viejos y cristianos nuevos en lo espiritual, coexisten en el país. Otro embajador italiano, de Venecia, hará el cómputo de nobles en el siglo XVI. Le salen sesenta y tres. La precariedad económica de la monarquía y sus gastos bélicos, duplicarán el número en medio siglo: había que sacar oro de donde fuera, y a veces las Indias no bastaban.

Junto a cristianos viejos (casi siete millones) y nuevos (menos de medio millón) viven unos trescientos mil moriscos. El noventa por ciento de los cristianos viejos eran analfabetos. Bien es verdad que si

faltaba cultivo a su intelecto, el pastoreo de sus pecadoras almas estaba bien cuidado. En la provincia de Salamanca, por ejemplo, había más de medio centenar de monasterios para unos sesenta mil vecinos. Aproximadamente, cada mil vecinos tenían (y sostenían) un monasterio...

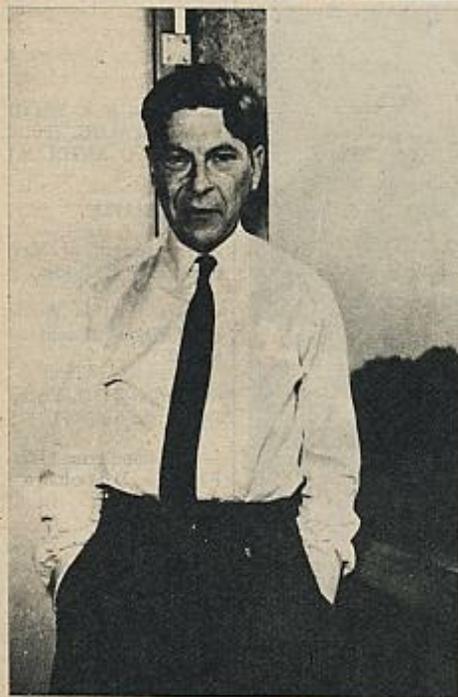
Tenían también una vida de gran rudeza, y la misma justicia no escapaba a ella, sino al revés: «Si los jueces querían hacer méritos con los poderosos, nada como extremar el rigor de sus sentencias». La justicia, a golpes, ayudaba a mantener a cada uno en su sitio: al labrador en el campo, al pobre en su limosneo, al ciego en sus rezos, al usurero en su usura y al caballero... ■ VICTOR MARQUEZ REVILIEGO.

Arthur Koestler: el escándalo del sapo partero

El sapo partero o *Alytes obstetricans* —criatura pequeña y desagradable, como dice Koestler— ha protagonizado una de las más apasionantes controversias en la historia de la evolución de las especies. Aunque la mayoría de los sapos, y ranas, copulan en el agua, el *Alytes* lo hace en tierra. Se le llama «partero» porque cuando la hembra pone su gran cantidad de huevos pegados a largas bandas de gelatina, nuestro macho, tras fecundarlos, enrolla esas hilas de huevos a sus patas posteriores y las acarrea hasta que nace la nueva descendencia. De ahí su nombre de sapo partero. Cuando la copulación se realiza en el agua, el sapo macho desarrolla en la época de celo unas protuberancias negruzcas en palmas y manos, a fin de poder agarrar firmemente el escurridizo cuerpo de la hembra, a la que mantiene abrazada largo tiempo, a veces incluso semanas. Pero el sapo parte-

ro, al copular en tierra, donde la piel de la hembra se mantiene relativamente seca y áspera, no necesita ni poseer tales rugosidades. El problema científico, como presunta base de una alteración en los credos evolucionistas normalmente admitidos, surge cuando el biólogo austriaco Paul Kammerer empieza a sostener la teoría —y a demostrar posteriormente en el terreno experimental— de que induciendo al sapo partero a copular en el agua durante varias generaciones, como los otros sapos, acabaría por desarrollar las llamadas «rugosidades nupciales», que, además, se convertirían en un rasgo adquirido hereditario. Interesa poner especial énfasis en la frase subrayada, pues la repulsa de que efectivamente los caracteres físicos adquiridos pudieran ser hereditarios constituyó el caballo de batalla sordamente librado en el seno de las doctas corporaciones biológicas.

Kammerer se pegó un tiro en septiembre de 1926, en plena montaña. Legó su cadáver, que fue hallado por un peón caminero, a la sala de disección de una institución universitaria y deseó se le ahorrara cualquier ceremonia religiosa. Tenía cuarenta y cinco años, gozó de gran atractivo entre las mujeres y estaba considerado como uno de los biólogos más brillantes y heterodoxos de su tiempo. Incluidas penurias económicas, conflictos sentimentales y la renuncia de una mujer amada a acompañarlo a Moscú, donde había recibido importante oferta de trabajo, Kammerer fue acusado del peor crimen que puede cometer un científico: falsear los resultados de sus experimentos. La acusación de fraude representó sin duda la causa principal que lo indujo al suicidio, así como la ruina de su colección de serpientes, ranas, sapos, tritones, lagartos, salamandras y otros especímenes reunidos a través de laboriosos viajes



Arthur Koestler.

a islotes perdidos en el mapa e improbables tareas lentas de descubrimiento y clasificación, que requieren periodos generacionales de diez o más años para obtener resultados mínimos y sutiles. Los experimentos de Kammerer y su grotesco anfibio, en palabras de Goldschmidt, «conmovieron la biología europea» y dieron lugar a un clima de apasionada disputa.

La obra de Arthur Koestler, *El abrazo del sapo* (1), no solo es la primera biografía que se escribe de Kammerer, sino que reivindica la ética profesional del desdichado investigador y refleja en lenguaje divulgador bien documentado las profundas disidencias y matices de interpretación dentro del complejo entramado de la doctrina evolucionista, cuyas significaciones ya sabemos que se extienden presuntamente a otros órdenes políticos, religiosos y de cultura general.

El problema se polariza entre Lamarck y Darwin, originariamente-

te, y entre los neolamarckianos y neodarwinianos en la época que nos ocupa, aún vigente en cuanto a la irresolución de sus tesis. Para Lamarck los caracteres adquiridos, esto es, los progresos en la estructura corporal, las habilidades y hábitos que los padres adquieren en su esfuerzo por adaptarse al medio ambiente, son transmitidos a la descendencia por el canal de la herencia. La teoría neodarwiniana, la de mayor consenso actual, postula en cambio que los padres pueden transmitir sólo lo que ellos mismos heredaron y no cualquier nueva adquisición en habilidad o rasgos corporales que hubieran asimilado durante su vida. Según Lamarck, la herencia es acumulativa; según la escuela de Darwin, es únicamente repetitiva, mecanicista, y se produce por variaciones casuales y selección natural.

Sirva este grosero esquema para dar vaga idea del tema y de la trayectoria del libro de Koestler, el cual piensa que el neodarwinismo —evolución como progreso casual más selección natural— ha sido

ya desmentido. En la Rusia de Stalin —prueba de implicaciones políticas— se rodó la película *Salamandra*, de exaltación lamarckiana; la línea del partido se oponía al frío mecanicismo de Darwin. Kammerer pretendió con las «rugosidades nupciales» del sapo partero demostrar la autenticidad del lamarckismo. Esto hubiera supuesto introducir en el proceso evolucionista como un propósito benéfico, como un cierto poder de la voluntad humana, si bien los titulares de la prensa, en su simplificación sensacionalista, hablaron de la posible obtención de un método para «transmitir hereditariamente las buenas cualidades», los «secretos del genio» y de la «transformación del género humano», junto a otras fantasías que, de alguna manera, pese a su inocuidad vista, dan fe de la notoriedad equívoca en la que involuntariamente incurrió Kammerer.

Por razones largas de contar, pero que Koestler deja bien sentadas, las «rugosidades nupciales» del sapo fueron descubiertas o tratadas como fraude. Y se piensa en Kammerer como víctima de una campaña de descrédito y que alguna mano alevosa destruyó la prueba crucial inyectando tinta en el sapo para que las rugosidades, ciertas en su día, parecieran una falsificación. De todas maneras, Kammerer pagó con la vida su pasión científica, y Arthur Koestler ha compuesto un libro instructivo, sagaz, que representa una verdadera aportación divulgadora en el siempre complicado ámbito evolucionista. No obstante descubrimientos posteriores —el código genético, por ejemplo—, la peripecia de Kammerer sigue viva, abierta a otras posibilidades, y es la razón que invoca Koestler para convenir en la necesidad de proseguir estos experimentos. ■

EDUARDO TIJERAS.

Cernuda en Hölderlin

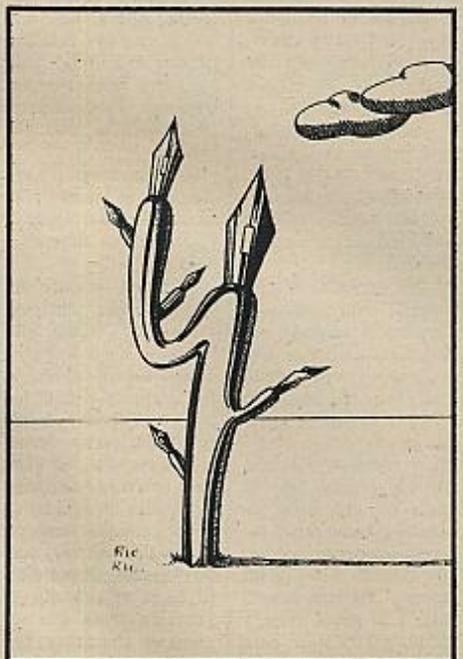
Hay una Grecia que existe solamente en la imaginación de los poetas, una Grecia de dioses muertos y de estatuas truncadas, de héroes adolescentes y destinos trágicos; mágico país que puede ser nostalgia o realidad, pero siempre, y ante todo, marco y paisaje para el pensamiento y la expresión poética.

A pesar del evidente parentesco que en talento y cultura tienen entre sí los países mediterráneos, ha sido poca la huella que esta mítica Grecia ha dejado en la poesía española. Las referencias mitopoeéticas que puedan encontrarse en Góngora, por ejemplo, proceden más bien de la Latinidad y, en cualquier caso, forman el decorado, nunca el espíritu de su obra. El paganismo alegre y trágico no se aviene con la mística, con el ascetismo hispánico, que prefirió el cultivo del alma al del cuerpo.

Sevillano, como Góngora, quizá sea Luis Cernuda (1902-1963) el poeta que en nuestro país sufriese más la influencia de ese lugar de ensueño y de infancia que

hemos dado en llamar Grecia. Y tuvo que recibirla por el intermedio de un poeta alemán, de Hölderlin. Su versión de algunos poemas de éste, publicada por primera vez en «Cruz y Raya» en 1936, ha sido reeditada hace poco, precedida por un lúcido prólogo de Jenaro Talens. (1). Se trata de un librito curioso y bello, más interesante quizá para aquellos que sigan la trayectoria poética de Cernuda que para los amantes de Hölderlin. En su introducción propone Talens que no se cotejen los versos de Cernuda con los originales en alemán que los acompañan, «porque —dice— no es tanto traducción como funcionan, sino en tanto parte integrante de *La Realidad y el Deseo*». Es sabido que cualquier poeta al traducir a otro se apropia en cierto modo de su escritura, de su palabra, y la vierte a su propio pensamiento: en el caso que aquí nos ocupa, esto es más que evidente. Cernuda utilizó a Hölderlin y lo convirtió en un elemento más, integrante de su

(1) Hölderlin, *Poemas*. Alberto Corazón, editor. Edición bilingüe. Madrid, año 1974.



propio mundo poético y aun vital.

Hasta 1931, Luis Cernuda, con ser ya uno de los mejores —si no el mejor— poetas de la generación del 27, se hallaba por completo bajo la influencia de la poesía francesa. Su primer libro, *Perfil del Aire* (1927), acusaba una «marcadísima influencia de Jorge Guillén y de la «poesía pura». Después, cayó bajo el mefítico rayo de acción del grupo surrealista francés, al que le llevaban su satanismo, su ansia de transgresión y la búsqueda de la metáfora extravagante y la imagen imposible, develadoras de una realidad no habitual. Pero, hacia el 31, hastiado por la estrecha interpretación del mundo y del espíritu y por el exclusivismo literario preconizados por los surrealistas (que se nutrían casi exclusivamente de novela gótica, poesía simbolista francesa y literatura psicoanalítica), buscó Cernuda un nuevo campo en la poesía inglesa y alemana, dedicándose al estudio de los idiomas originales, y descubrió a Hölderlin. El propio poeta narra su hallazgo: «Al ir descubriendo, palabra por palabra, el texto de Hölderlin, la hondura y hermosa poesía del mismo parecían levantarse hacia lo más alto que puede ofrecernos la poesía. Así aprendía, no sólo una visión nueva del mundo, sino, consonante con ella, una técnica nueva de expresión poética» (2).

De hecho, lo que Cernuda descubrió en Hölderlin fue a sí mismo. A partir de aquel momento abandonó el sectarismo literario surrealista, y su ya increíble sensibilidad poética fue mil veces potenciada. Un mundo de imágenes nuevas invadió su poesía, y estas imágenes

(2) Luis Cernuda, *Poesía y literatura*. Seix Barral, Barcelona, 1965.